

## COMUNISMO, NACIONALISMO Y MENTALIDAD PRIMITIVA

VIENE siendo un lugar común describir la mentalidad primitiva a grandes rasgos, y aunque nadie coincide en lo esencial todos están de acuerdo en que la reducción a un esquema no sólo es factible, sino sencilla.

Aún hay más: las divagaciones en torno a la mentalidad primitiva no suelen ser desinteresadas y sí sólo un trampolín en el que afirmar los pies para ulteriores y dogmáticas definiciones; pero siendo arbitrarias las premisas, no dejan de ser congruentes entre sí, porque la realidad del asunto suele superar las ambiciones del sociólogo.

Reconocemos que el punto de partida de las líneas que siguen es arbitrario —podíamos haber escogido otro—, pero no deja de ser exacto. Como toda vigente opinión, elabora un esquema sencillo, y como tal deja escapar sutiles realidades y se conforma con apresar un puñado de la sustancia cuestionable. Sólo un trozo de la verdad del alma del hombre; toda la verdad es obra de teólogos, o de *ángeles*.

### LA CONSERVADORA SOCIEDAD PRIMITIVA

Una nota común presentan todas las organizaciones sociales primitivas: su ordenación en estratos que articulan la totalidad de la vida social, dejando al individuo encasillado en un grupo, una ocupación o una jerarquía.

De cada uno de estos estratos recibe el hombre el sistema normativo al que ha de ajustar la totalidad de su vida, quedando la sociedad integrada por la superposición de estos planos sociales que aseguran sólidamente el contorno del hombre, suministrándole las téc-

nicas y los ritos. A primera vista, no se percibe esta compleja y fina ordenación de la sociedad primitiva y se piensa en la horda y en la confusa mezcla de gentes, cuando realmente existe una sociedad rígidamente estructurada; se cree percibir un confuso montón y se está hojeando un libro de páginas bien cosidas. Una atenta observación permite comprender que tras aquella aparente anarquía, en aquellas disgregadas familias y libertinas coyundas, una azorante trabazón de costumbres y normas, de prohibiciones y vetos, ejerce la más despiadada de las tiranías, la tiranía de la superstición conservadora.

El primitivo es en el fondo un reaccionario integral, dotado de un negro espíritu conservador, incapaz de perdonar y comprender al pecador que ha quebrantado la disciplina. La sociedad primitiva ofrece a sus miembros un exiguo repertorio de actividades, normas y ritos, y exige inexorablemente su cumplimiento. Se crea así una malla que envuelve al hombre y le protege, se articula un pequeño mundo en el que todo está previsto y limitado. Fuera de él —en la selva o en la sábana— el azorante silbo de Pan.

Gracias a este recurso, el horizonte del primitivo se estrecha, pero se aclara; se pierden posibilidades, pero se eluden riesgos, y el mundo, en cierto modo, se domestica y hace manejable. Bergson supone que los organismos sociales están dotados de una función fabuladora capaz de crear este mundo de prohibiciones y de ritos; esta función estaría estrictamente orientada hacia la conservación de la sociedad y del hombre social en ella incluido. De cualquier modo, bien sabido es que todas las sociedades se defienden contra la innovación, menos sabido es que cuanto más primitiva es la sociedad más cerrada es esta defensa.

## LA VOLUNTAD DE ÉXITO

Otra nota arbitraria es preciso señalar para nuestro objeto: la voluntad de éxito.

Ciertamente, al lado de la tendencia conservadora es preciso admitir un mecanismo depurador que elimine aquellos usos o técnicas cuya nocividad no sea ampliamente compensada por las ventajas que reporta; pero la voluntad de éxito es un elemento totalizador y no cabe duda de que éxito y fracaso constituyen categorías fundamen-

tales de la razón vital, hasta el punto de que toda actividad humana se reduce, desde cierto punto de vista, a la persecución de la fortuna, esquivada y codiciada.

Desde el bosquimano, cazador a la espera de la pieza, hasta el intelectual al acecho de una cátedra de metafísica, la humanidad entera pretende el éxito y sabe que algo impreciso, pero eficiente —la buena o mala suerte— inclinará la balanza hacia un lado u otro. Suerte necesitan el torero y el examinando de geometría racional, y no hay actividad, por alta y ponderada que sea, que no esté necesitada de la inconfesable aportación del azar.

Ciertamente, sabemos que cuando atribuimos a «mala suerte» nuestro fracaso no hacemos sino correr un tupido velo sobre los aspectos menos halagüeños de nuestra conducta, y nadie puede negar que la «buena suerte» que solemos adjudicar a los demás constituye una pueril ocultación de los talentos del prójimo.

No dudamos si tal proceder corresponde a los vestigios de primitivismo que todos llevamos dentro, pero sí dejemos aclarado que el primitivo se desliza sistemáticamente hacia esto que podríamos llamar «juicios de fortuna». Para obtener el éxito empleamos técnicas, saberes, experiencia, inteligencia y, en una palabra, cuantas potencias e instrumentos están a nuestro alcance. Sólo cuando pretendemos asir y poner de nuestra parte el azar corremos riesgo de caer en los territorios de la superstición.

El mundo del primitivo es fundamentalmente azaroso y goza de un alto grado de imprevisibilidad; las técnicas racionales sólo abarcan una parte mínima de este cosmo, y la superstición tiene un amplio campo de actividades, como un instrumento más al servicio de la voluntad de éxito. Así llegaremos a comprender que el primitivo no es supersticioso por pura perversión o por diabólica malicia: es supersticioso porque se siente animado de la misma voluntad de éxito que —si hemos de creer a las revistas ilustradas— alumbró los oscuros comienzos de las estrellas del cine. El primitivo, al igual que el físico o el biólogo de la pasada centuria, pretende reducir los acontecimientos a un rígido determinismo.

Queremos insistir en la universalidad de conducta y de motivación, aunque se nos haga cuesta arriba admitir que entre nuestra mentalidad y la del primitivo no exista una diferencia sustancial. Sabemos que Levy-Bruhl se apuntó un considerable éxito social al ofrecer la tesis contraria, al presentar al primitivo como un ser de-

tado de mecanismos discursivos peculiares, de estructuras mentales distintas de las nuestras y de una inefable lógica, tan formal y rigurosa, a su modo, como un silogismo en Bárbara.

Hoy, después de ver la augusta pánica erigida en filosofía occidental y al materialismo dialéctico relampaguear sobre el palmeral, nos vemos obligados a creer que la misma constelación de concupiscencias ilumina la noche de la selva o el «cabaret» de la urbe.

## LA SOCIEDAD COLONIAL

Volvamos a traer a la memoria el espíritu conservador y la voluntad de éxito. Un concepto al lado de otro muestran su oposición: el espíritu conservador en busca de un reposo estático, la voluntad de éxito tratando de encontrar nuevas soluciones, sobre todo cuando, superado el contorno inmediato, se convierte en motor de progreso tal que Weber llama voluntad catártica.

Veamos ahora cómo estos factores juegan en los conflictos de la sociedad colonial, en los grupos humanos sometidos a la acción erosiva de otra civilización superior; los grupos sociales y las instituciones se dislocan, recrean, reajustan, perecen y nacen a tal velocidad que una misma generación se ve obligada a soportar estupefacta el vertiginoso cambio de decorado. La sociedad de una colonia puede caracterizarse por su inestabilidad. La tierra, que hasta hace pocos años cultivaban las mujeres de la tribu, está surcada por los tractores que conducen sus hijos; clanes irreconciliables viven en el mismo barrio de la ciudad, que crece por días, y dentro de la misma tribu surgen disputas por cuestiones económicas. De día en día cambian las ciudades, los ríos, las condiciones de trabajo, los precios de las cosas; la vida entera se hace inestable, los hijos se ríen de sus padres, aún aferrados a las viejas costumbres; las mujeres se niegan a obedecer; las leyes apenas pueden mantener unos años su vigencia frente a la realidad cambiante.

El espíritu conservador —no lo olvidemos— continúa mientras tanto vivo y fecundo. El sostiene el pintoresquismo del color local, establece el sincretismo religioso, prestigia las sociedades secretas, vivifica la vieja costumbre o la superstición. Muchas veces, la obra de este espíritu conservador permanece encubierta bajo un leve barniz

civilizado, pero, recóndito o manifiesto, constituye una fuerza poderosa, muchas veces olvidada.

El espíritu conservador conjura para lograr una estabilización de la sociedad, y las gentes, fatigadas, se agrupan en su torno. Se desea entonces una sociedad estacionaria, reducida, cerrada: ha aparecido el nacionalismo. Entendámonos: no se trata de un nacionalismo lírico, navegando en alas del entusiasmo histórico por el mar de la historia, se trata simplemente de un deseo de encerrarse en casa, de permanecer ajeno a influencias extrañas, de retornar a la tranquilidad y reposo de las ancestrales costumbres. En definitiva, de sentimiento conservador exaltado y justificado por el desbarajuste social.

## EL NACIONALISMO

Generalmente se admite que la humanidad tiende a constituir grupos sociales reducidos y que sólo el mejoramiento de las técnicas de producción y administración permite la constitución de grandes imperios y estados.

La sociedad primitiva, la sociedad sobre la que actúa la acción colonizadora, es diminuta, y en su torno tienden a reajustarse los grupos humanos una vez pasada la fase de estupor que aparece en la sociedad colonial.

Si el nacionalismo en las colonias es un hecho que podemos calificar de «natural», el propio espíritu nacionalista en cuyo seno la potencia colonizadora vive, constituye un fermento activísimo que precipita la marcha natural del proceso. El nacionalismo colonial, junto con una tendencia conservadora que sobrevalora la costumbre indígena, el hecho diferencial, imita deliberadamente el espíritu nacionalista de la metrópoli. Nada tiene de extraño que, tras de las fases de exaltación nacionalista que las guerras producen, las colonias tiendan a conseguir su independencia política; la inquietud social y cultural en cuyo seno la colonia vivía encuentra en la exaltación nacionalista un cauce expresivo y sentimental a cuyo final se divisa un horizonte optimista.

El hecho de que estos nacionalismos sean dirigidos por aquellos indígenas totalmente educados en la cultura de la metrópoli indica el alto grado de mimetismo de estos movimientos y la extensión y gravedad que alcanzan es sólo reflejo del espíritu conservador que alien-

ta en las masas menos civilizadas. Si a esto se añade la tendencia del primitivo a constituir grupos sociales reducidos, comprenderemos la causa de los movimientos secesionistas que, de un modo sistemático, aparecen en los primeros momentos de independencia.

#### OTRA VEZ LA SOCIEDAD COLONIAL

Por muy natural, por muy justificado, por muchas causas que concurran en el nacionalismo de las colonias, el movimiento de independencia no constituye una solución. Si la colonia pudiese volver a los antiguos usos, a enquistarse en sus propias formas culturales como antes de la penetración colonizadora, el mal estar vivo y actuante sería desplazado por la rutina.

Pero vemos que esto no ocurre nunca así. Durante la fase colonial el indígena ha tenido ocasión de contemplar cómo el europeo domina el éxito en ciertos aspectos, mecánicos, agrícolas o técnicos, y aunque el europeo no ha sabido enfrentarse triunfalmente con la realidad social de la colonia, siempre queda al colonizado la sospecha de que este fracaso fué logrado adrede.

La voluntad de éxito del primitivo se ha visto exaltada ante los triunfos de la técnica; él también querrá manejar artefactos y construir factorías, poseer sus flotas y sus ejércitos, hospitales y administración. Al lado del nacionalismo colonial camina un afán de progreso, a veces pueril, siempre entusiasmado y optimista. En estos momentos se piensa que todo tiene solución, que para todo problema existe una receta adecuada. Es en este momento cuando el comunismo comienza su actuación.

#### EL COMUNISMO

El comunismo aparece a los ojos del primitivo como una solución de los problemas sociales que la comunidad colonial tiene planteados. De todas las ideas que pueden ponerse en una colonia, el comunismo es la menos revolucionaria, la más adaptable a los sentimientos conservadores y al deseado esquema determinista del mundo que el primitivo trata de buscar.

No es el comunismo una fe. En ocasiones se ha hablado de que el comunismo ha sabido inducir un místico entusiasmo a sus creyentes;

los que así piensan tienen una idea muy pobre de la religión o una opinión muy alta del comunismo. El comunista ofrece al primitivo seguridad, estabilidad y progreso, y el P. C. comienza su labor entre aquellos hombres que, por los azares de la colonización, han quedado desplazados de las antiguas estructuras sociales y no han logrado encajar en los cuadros de la civilización (*The marginal man*, de Park). Si el nacionalismo tiene por cabecillas hombres educados cuidadosamente en los ambientes civilizados, el comunismo tiene sus primeros adeptos coloniales en aquellas gentes absolutamente desarticuladas de las instituciones primitivas y mal compenetradas con la corriente civilizadora.

Pero ambos, el intelectual nacionalista y el obrero de muelle comunista, no han perdido su intimidad primitiva, su deseo de construir una sociedad regida en un mundo preciso, manejable y esquemático, y ninguna vigente ideología europea, salvo el comunismo, puede ofrecer tal mercancía. Pero el comunismo está estrechamente vinculado al pensamiento decimonónico y puede sentirse optimista. Piénsese en la irreductible adscripción de la ciencia rusa al determinismo biológico de Darwin, al psicofísico de Pavlov, al esquemático rigor de Hegel y al endiosamiento del progreso spenceriano; se trata aquí de moverse dentro de un repertorio reducido de ideas que permiten comprender fácilmente el mundo e iluminar suficientemente todos los rincones de la historia, de la vida o del alma.

Piénsese en el margen de indeterminación de la ciencia actual, y se comprenderá cuán sugestiva tiene que resultar para el primitivo civilizado el marxismo-leninismo.

Pero ocurre que en las colonias la lucha de clases no es, aparentemente, otra cosa que la lucha contra la metrópoli, y que, en la mayoría de los casos, el capitalista se identifica con el extranjero.

No hay, pues, ninguna oposición entre comunismo y nacionalismo colonial, sino que, por el contrario, una coincidencia en muchos puntos y una común adaptación a ciertas estructuras mentales del primitivo.

## COMUNISMO Y NACIONALISMO AFRICANOS

En la hora actual, los Gobiernos están dispuestos a creer en la madurez política de las colonias a los primeros gritos de rebeldía.

Quizá en esta creencia se oculte la vanidad de un éxito colonizador pocas veces buscado y una honrosa retirada ante un conflicto poco lisonjero.

Pero todavía en Africa las cosas no han llegado a este punto. La falta de una minoría intelectual hace más aparente el movimiento comunista que el nacionalista. Cualquiera de los dos movimientos se cimenta sobre las poblaciones urbanas, desvinculadas de las ocupaciones tradicionales y segregadas de la comunidad primitiva y de sus instituciones.

Las asociaciones políticas o secretas, las organizaciones societarias son en muchas ocasiones la única posibilidad que el hombre de las ciudades africanas tiene de sentirse incluido en alguna forma de sociabilidad. La familia, la tribu, el clam totémico, han perdido vigencia. En la gran ciudad africana se va creando un proletariado soez y engreído, y mientras Europa titubee al enfrentarse con los problemas sociales que en la sociedad colonial se plantean, Rusia se encarga de explicar a todos que el mundo podría marchar bien si no fuese por la perversidad del capitalista blanco.

Xenofobia, comunismo y nacionalismo son tres aspectos de un mismo malestar social, tan favorecido por la despreocupación de las potencias coloniales como por el interés del P. C.

RAFAEL ROMERO MOLINER



# CRONICAS

